

AÑO IV

NÚM. 40

EDICIONES MINIMAS

CUADERNOS MENSUALES DE CIENCIAS Y LETRAS

DIRECTOR: Leopoldo Durán

REMY DE GOURMONT

ALGUNAS
PAGINAS

BUENOS AIRES

1919

JUICIOS Y OPINIONES ACERCA DE LAS EDICIONES MINIMAS.

De una carta dirigida a Edmundo Montagne. — ... yo no conocía ninguna de sus producciones poéticas, y me he encontrado, al leer las Poesías que acaban de publicar las "Ediciones Mínimas", con uno de los más intensos y preclaros poetas que haya habido en nuestra patria. Va, pues, mi homenaje ferviente al alto espíritu y al noble corazón que se han volcado en "La Velada", en "Ruego", y en "La copa del jardín", tan resplandeciente esta última de limpidez diamantina. — Carlos Obligado. — Buenos Aires, julio 6 de 1919.

Poesías, por Edmundo Montagne. — ... Se destacan en esta colección las poesías tituladas "Ruego", lleno de una tranquila unción religiosa; "La copa del jardín", todo un modelo de serenidad artística, y "La Velada", un canto de fraternidad y de dulzura piadosa sugerido por el amor al hogar, estado de ánimo que inspira también el poema titulado "A la señora María Marcadé de Montagne", incluido en el mismo cuaderno. — La Montaña. — Buenos Aires, julio 3 de 1919.

El libro del sendero y de la línea recta. — Débese a Edmundo Montagne la reciente versión castellana de este libro transcendental del filósofo chino que, cinco siglos antes de nuestra era, dió nacimiento al taoísmo, una de las tres grandes religiones existentes.

Aquellos que no conozcan de F. Montagne más que algunos versos y artículos de crítica y divulgación literaria, y que, por lo tanto, ignoren sus libros, que, desde "Frases rítmicas", publicado en 1900, hasta "Versos de una juventud", "El fin del mundo" y "Estética", significan, alternando con sus traducciones de poetas y su afición filosófica, una mentalidad abierta a toda la redondez del horizonte, extrañarán, indudablemente, verle aparecer como traductor de una obra de estudios, que, en cierto modo, podemos sin hipérbole calificar de excepcional.

Sin embargo, por lo que dejamos dicho del traductor de Lao-Tsé, entérase el amante de lo bello de que la versión no es la obra de un improvisado, sino de un habituado a las ideas filosóficas universales; y, en consecuencia, antes de conocerla, se confía en la bondad de ella, corroborada apenas se comienza la lectura de ese antiquísimo oriental extremo, en el cual culmina y florece, en filosofía pura, la vida profunda en los siglos de la raza amarilla, abuela de la humanidad.

Todo se halla en Lao-Tsé: sociología, psicología, política, moral, y, sobre todo, algo que debemos reconocer como un propósito constante de iniciación espiritual, en ese su anhelo de hacer que prime la mente sobre el influjo inmediato de los sentidos. Pero, una simple nota sobre "El Libro del Sendero y de la Línea Recta" no podrá dar una idea de su contenido. Es preciso leer, uno por uno, los 81 capítulos concentrados, compendiosos, no tan esquemáticos en sus sentencias y conceptos que no sean suficientemente comprensibles, por lo menos a una segunda o tercera lectura.

Lao-Tsé, por su manera sintética de exponer, es, sin duda, un autor difícil; pero no un autor obscuro. Leído con amor a las cosas del pensamiento, y con alguna instrucción filosófica o intuición, se le comprende inmediatamente y se le estima en su alto e inconfundible saber.

La versión castellana de "El Libro del Sendero y de la Línea Recta", ha sido publicada por "Ediciones Mínimas", biblioteca de cuadernos mensuales de divulgación que merece la franca y atenta bienvenida de los estudiosos. — El Faro, Buenos Aires, 25 de abril de 1916.

ALGUNAS PÁGINAS
DE REMY DE GOVR-
MONT. ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

EDICIONES MÍNIMAS.
BYENOS AIRES. MCMXIX.

REMY DE GOURMONT (1858-1915) era normando y descendía de una familia de artistas pintores y grabadores que dieron lustre a su apellido en los siglos XV y XVI. Infatigable y admirable artista él mismo, vivió aislado y desdeñoso como un altivo señor, entregado totalmente a los libros, único linaje de amores confesado por el gran solitario. Murió pobre de dineros, pero nos ha legado sus riquezas de orfebre de las palabras adunado a un sabio buceador de las ideas. Dueño de una erudición metódica y extensa, hizo sorprendentes reconstituciones de la literatura francesa y agudas críticas. Superiormente dotado para la creación de obras imaginativas, escribió novelas, cuentos, poemas dramáticos y poesías. Espíritu libre y espectador inteligente de las cosas actuales, puso un *epílogo* al margen de muchas de ellas, suscribiendo "respecto de nuestra época,—dice Mauclair,—las reflexiones más acerbas, más azotadoras, más implacablemente despreciativas y lógicas". Esta actitud filosófica del escritor, fué rechazada con dictorios por los espíritus que perdieron el precioso tesoro de la libertad interior. Remy de Gourmont, seguro de sí mismo, contempló ese espectáculo más y prosiguió su obra, en la cual cifrábamos su gloria los que le amábamos porque le comprendíamos.

EL ESTABLO.

CUANDO hubo el príncipe Asterio cumplido veinte años, resolvió casarse, y comunicó a sus ministros su real deseo, es decir, su voluntad.

Respetuosamente se admiraron, recordándole que ya estaba comprometido, desde la edad de doce años, con una princesa, muy pequeña entonces, pero que ya prometía ser más hermosa que un sol, y a la cual las hadas habían pronosticado una fortuna digna de Semiramis.

Pero el príncipe Asterio respondió que él tenía veinte años y la princesa apenas ocho, y que no esperaba para amar, el florecimiento de ese incomparable caballo.

Entonces los ministros, inclinándose, protestaron:

—Príncipe: bastaría una señal vuestra para que todas las beldades del reino, y aun nuestras propias mujeres e hijas, entraran en vuestro lecho.

—Estoy cansado de vuestras hijas y mujeres; estoy cansado de las siervas de mi reino. Quiero a una mujer por esposa, para no conocer más que a ella.

Quiero que al abrir la puerta de su estancia me sonría como una compañera y no como una esclava. Esto será una gran economía para el estado, prosiguió el príncipe Asterio con severa entonación, porque vosotros me habéis costado caros, señores, y la piel de vuestras progenituras no valía ni el brocado con que las he vestido, ni los ducados con que llené vuestros bolsillos... En cuanto a vuestras mujeres... ya no tengo 15 años!

Los ministros se miraron, y temiendo perder sus

puestos y sus gajes y condecoraciones, se callaron.

—He aquí lo que he decidido: se publicará un edicto, convocando a mi palacio todas las jóvenes de quince a veinte años, ricas o pobres, nobles o villanas, y a medida que lleguen se las paseará por todas partes; se les mostrará todas las maravillas de mis tesoros; se les servirá los manjares más exquisitos; se les hará oír las más dulces músicas, y, por último, se les hará elegir, para pasar la noche, entre la suntuosidad de un lecho real y el lecho de paja en que durmió el Niño Jesús.

—Pocas habrá en el establo, observó el primer ministro.

—Probablemente, replicó el príncipe Asterio.

El edicto fué publicado, y las vírgenes peregrinas fueron hacia la mansión del rey. Unas llegaban acompañadas de sus familias, de los amigos, de los servidores y de todos los que, confiando en la belleza de la postulante, esperaban obtener futuros favores; otras llegaban solas, fuertes en su pureza y suficientemente protegidas por ese escudo; otras, lascivas, y aun cortesanas, pensando cautivar al príncipe por su osadía o por su ciencia, y dispuestas a trepar, de escalón en escalón, hasta el trono.

Acudían todas y se las trataba como a posibles reinas: eran recibidas por igual, con las atenciones más minuciosas, aunque, no obstante, las más ricas o las más hermosas, y desde luego las que poseían el doble don de la riqueza y de la hermosura encontraban una acogida más oficiosa.

Se las ofrecían las más fragantes flores y las confituras más deliciosas, y las más fastuosas cámaras del palacio les eran indicadas por los chambelanes.

Y como lo habían previsto los ministros, ninguna de estas hermosas eligió el establo y el lecho de paja; al ofrecimiento de dormir entre las buenas vacas y las dulces terneras, todas se echaban a reír, creyendo que era broma agradable, y pensaban: “¡Qué bromistas son en la corte!”

ENTRETANTO, todos los días, minutos antes de media noche, el príncipe Asterio, disfrazado de vaquero — pero un vaquero de noble elegancia — iba solo al establo.

En una mano llevaba un largo bastón de fresno, y en la otra una pobre linterna sorda, de vidrios empañados. Calzado con zuecos salía por una puerta secreta, con el menor ruido posible, y firmemente se internaba por los senderos oscuros que conducían a la quinta, algo distante del palacio.

Allá llevaban en coches a las jóvenes pretendientes, mientras que el príncipe, a pie, por entre el lodo, como un pobre labriego que vuelve a su hogar, iba pensando.

Pensaba que quizás se encontraría agazapado bajo la fresca paja al ángel de corazón humilde que el cielo debía enviarle; a la niña adorable que hubiera comprendido que la pobreza es el camino de la exaltación, y que para llegar al trono del rey es menestar pasar por la puerta del establo.

Pero siempre encontraba el establo vacío y en vano sondeaba el recinto con el largo bastón de fresno, alumbrando con la linterna todos los rincones.

Nada veía, nada hallaba, excepto las buenas terneras que dormían apaciblemente. Las acariciaba, quedaba allí un instante husmeando el aire tibio y almizclado; después salía, y dejando caer el pestillo, volvía tristemente a emprender su camino; entraba en su palacio y se acostaba disgustado de la vanidad de las pretendientes.

Y entonces sucedió que una pastora, que hacía apacentar sus ovejas bastante lejos de allí, y lejos de toda ciudad, oyó hablar del edicto. Tenía veinte años y se creía bonita, pero aunque su corazón era puro, su cuerpo estaba mancillado.

De modo que su reputación era muy mala, y las mujeres excitaban a los chicos a que le arrojaran piedras y la llamaran indecente.

Sin embargo se puso en marcha. Puesto que el edicto aseguraba a todas aquellas que fueran al palacio, víveres y hasta una muña para hacer el trayecto, ella se dijo que era una ocasión para ver algo nuevo, y luego... ¿quién sabe? Si no cautivaba al príncipe, gustaría quizás a algún señor que le daría una moneda de oro.

Así, pues, se puso en camino.

Sus amigos, los pastores, la habían prevenido que vería cosas maravillosas, cosas como no las hay en la

luna, ni en el imperio de los Antípodas; pero todo lo que se había imaginado, fué menos de lo que vió, puesto que su imaginación era tan pobre como su pobre saya de pastora.

Creyó enfermar con la suavidad de los perfumes, y le hicieron comer confituras tan delicadas, que temió no volver a encontrar jamás el sabor de las fresas del bosque.

Los chambelanes le mostraron la cámara que se le destinaba: era la menos hermosa de todo el palacio; pero su lujo era aún bastante seductor. Los muros estaban cubiertos por tapicerías en las que jugaban unicornios, y, sobre el piso, formando un minucioso mosaico, se amontonaban vellones de cabras azules, más blandos que almohadones de musgo. El lecho era de madera dorada, las cortinas de sedas cambiantes, y todo él, ancho, alto, profundo como la sombra y como el silencio de una selva otoñal.

Ya gozaba con el pensamiento de dormir entre tales riquezas, cuando los chambelanes agregaron, empleando un tono incomprensiblemente irónico:

—Ahora vamos a mostraros una estancia más hermosa aun que ésta, quizá. Y vos elegiréis.

Una carroza esperaba. Entraron en ella, y bien pronto estuvieron en la quinta.

—Aquí es, dijeron los chambelanes, es un establo.

La pastora penetró, y las terneras que rumiaban, volvieron la cabeza, como para saludarla. Las acarició, mientras los buenos animales alargaban los cuellos y abrían sus grandes ojos llenos de dulzura.

—Y bien, ¡me quedo!, exclamó la pastora. La otra cámara es linda, pero, en verdad, ésta lo es más. ¡Y qué bien voy a dormir sobre el lecho de paja!...

EL príncipe Asterio estaba desesperado. Treinta veces habíase puesto los zuecos, había tomado su bastón y encendido su linterna de vidrios empañados; treinta veces había hecho, vanamente, su peregrinación al establo.

—Vamos, se dijo la trigésima primera noche, iré otra vez más, y si no encuentro a nadie d'etaré un nuevo decreto que anulará al primero... ¡Oh, señor, haz que encuentre a la elegida!

Cerró el pestillo, y, sin entrar, dirigió al establo una

mirada distraída: no tenía ya fe. Iba a salir sin buscar más, un poco avergonzado de su candor, cuando se movió algo junto al hocico de una vieja vaca roja, cuya leche lo había reconfortado en ocasiones.

Y la pastora se alzó, con los cabellos rubios llenos de paja sucia. Estaba tan fresca, tan graciosa, tan infantil, con sus ojos turbados por la luz, que el príncipe se arrodilló, diciendo:

— ¡Tú eres la reina!

— Príncipe — replicó la pastora, adivinando la presencia de su señor — ¡oh príncipe! no he venido para ser reina; no soy más que una pobre muchacha y una desgraciada pecadora. No quiero engañaros... soy... soy...

Lloraba y gemía tanto, que su pobre túnica raída estalló bajo el esfuerzo de los sollozos, dejando ver dos redondéces níveas y tímidas, en tanto que el príncipe la besaba la mano, repitiendo simplemente:

— ¡Tú eres la reina!... ¡tú eres la reina!



EL TRANSEUNTE Y EL VENDEDOR DE ALMANAQUES.

LOS tres pesimistas más grandes que hayan existido hasta hoy,—decía cierta vez Schopenhauer,—es decir, Leopardi, Byron y yo, se encontraron en Italia durante el mismo año de 1818 a 1819, y no se conocieron.

Leopardi, escribió precisamente en aquel tiempo un dialoguito, que podría reimprimirse al comenzar de todos los años. Siempre parecería nuevo.

“La vida es mala,—dice Leopardi,—y he aquí la prueba: no se ha visto nunca un hombre que desee vivir de nuevo su vida pasada exactamente tal como fué; ni siquiera, cuando comienza un año, que sea exactamente igual al que acaba de terminar. Lo que amamos en la vida, no es la vida tal como es, sino la vida tal como podría ser, tal como la deseamos.”

Aunque este diálogo, titulado del Transeunte y el Vendedor de almanques, puede haberse traducido ya, como está sepultado en ilegibles volúmenes, he aquí una nueva versión de dicha página un tanto amarga pero hermosísima:

El vendedor. — ¡Almanques, almanques nuevos! ¡Calendarios nuevos! ¿Quiere usted almanques, señor?

El transeunte.—¿Almanques para el Año Nuevo?

El vendedor.—Sí, señor.

El transeunte.—¿Cree usted que será feliz en el Año Nuevo?

El V.—¡Oh! sí, señor, sin duda.

El T.—¿Como en el que va a terminar?

El V.—¡Oh! mucho, mucho más.

El T.—¿Como en el anterior?

El V.—Mucho, mucho más.

El T.—¿Como en cuál entonces? ¿No le agradaría que el Año Nuevo fuese igual a alguno de los últimos?

El V.—No, señor, no, eso no me gustaría mucho.

El T.—¿Cuánto tiempo hace que vende usted almanques?

El V.—Hace 20 años, señor.

El T.—¿Y a cuál de esos 20 años quisiera que se pareciese el año que viene?

El V.—¿Yo? No sé.

El T.—¿No recuerda usted algún año que le haya parecido más dichoso?

El V.—De veras que no, señor.

El T.—Y sin embargo la vida es una buena cosa, ¿no es verdad?

El V.—¡Oh! sí.

El T.—Usted desearía, naturalmente, volver a vivir esos 20 años, con más todos los años desde que nació?

El V.—¡Ya lo creo, mi buen señor, y Dios quisiera que fuese posible!

El T.—¿Aun cuando esa vida fuese exactamente la que ha vivido, ni más ni menos, con los mismos placeres, las mismas inquietudes?

El V.—¡Ah! eso, no, de veras!

El T.—¿Qué vida querría usted entonces?

El V.—Una vida así no más, la que Dios me diera, sin otras condiciones.

El T.—¿Una vida al azar, de la que nada se conociera de antemano, una vida como la del año que viene, por ejemplo?

El V.—Precisamente.

El T.—Eso es lo que yo quisiera también, si tuviésemos que volver a vivir, yo y todo el mundo. Pero esto quiere decir que hasta el día en que estamos el destino nos ha tratado mal a todos. Claro se ve que la opinión común es que el mal, en el pasado, supera en mucho al bien, puesto que, para recorrer el mismo camino, nadie quisiera nacer de nuevo. La buena vida, no es la que se conoce; no es la vida pasada, es la vida venidera. Con el año nuevo, la vida va, por fin, a tratarnos favorablemente, a usted, a mí, a todo el mundo; y seremos felices...

El V.—Debemos esperarlo.

El T.—Enséñeme, entonces, su mejor almanaque.

El V.—Este, señor. Cuesta 30 centavos.

El T.—Aquí tiene los 30 centavos.

El V.—Gracias, señor, hasta la vista. ¡Almanaques, almanaques nuevos! ¡Calendarios nuevos!”

En el razonamiento de Leopardi puede que haya un ligero error. No nos sería doloroso volver a empezar la vida porque haya sido desgraciada. Una vida dichosa vivida dos veces no tendría mayores encantos. Debe tenerse en cuenta el elemento de la curiosidad. No hay criatura humana, por resignada que esté a la monotonía de una existencia adormecida, que no espere en el fondo de su alma un no se sabe qué de imprevisto.



PARADOJA SOBRE EL CIUDADANO.

EL Ciudadano es una variedad del hombre; variedad degenerada o primitiva, es con relación al hombre lo que el gato de gotera al gato salvaje. Por otra parte, es un animal estimado y bien conocido: los sabios que le han elegido por tema de sus pacientes investigaciones se llaman sociólogos.

Como todas las creaciones verdaderamente bellas y noblemente inútiles, la Sociología fué la obra de un hombre de genio, Herbert Spencer, y el principio de su gloria. Desde aquellos tiempos, ya lejanos, Spencer sin duda ha querido al resumir su admirable tomo, "El individuo contra el Estado", destruir él mismo sus primeras afirmaciones y colocar al individuo (o el hombre) por encima del ciudadano; pero esto está fuera de nuestro asunto.

La sociología trata de la evolución de un grupo de metáforas a través de las edades: Familia, Patria, Estado, Sociedad, etc. Esas palabras son de las que se dicen colectivas y que no tienen en sí ningún significado; la historia las ha empleado en todo tiempo, pero la sociología, con astuciosas definiciones, precisa su inanidad, aunque propagando su culto.

Pues toda palabra colectiva, y desde luego las del vocabulario sociológico, son objeto de un culto. A la Familia, a la Patria, al Estado, a la Sociedad, sacrificanse ciudadanos machos y ciudadanos hembras: los machos en mayor número; no es sino por su intermedio, en tiempo de huelga o de tumulto, que para ensayar un nuevo fusil se perforan las hembras; ellas ofrecen al tiro un blanco menos receloso y más placentero; esas son inevitables, pequeños accidentes de la vida política. El macho es la hostia común; y es un verdadero sacrificio, puesto que la víctima se di-

rige voluntariamente al altar, contenta si los grandes ciudadanos, desde el fondo de sus cuevas, le manifiestan telefónicamente su satisfacción por su magnífico porte y su valor patriótico.

El ciudadano es un ser admirable. Todos los tratados ponderan sus virtudes y su abnegación, agregando: "Por otra parte, sólo cumple con su deber". Con esa palabra, "deber", se hace bailar al ciudadano como a un oso con una gaita. Ha bailado, revienta de haber bailado con el vientre vacío y exclama, al expirar: "¡Hice mi deber!" Ese pobre animal, que no recibe nunca sino golpes cuando no salta al compás, es un deudor eterno; debe siempre y siempre da, sin desahogarse jamás. Su deuda es infinita; la muerte misma no la extingue: el hijo la vuelve a hallar en la herencia de su padre. Vive sin esperanza: sabe que jamás llegará a ser un hombre.

El carácter fundamental del ciudadano es, pues, el sacrificio, la resignación y la estupidez; ejerce principalmente esas cualidades según tres funciones fisiológicas: como animal reproductor, como animal electoral, como animal contribuyente. Animal reproductor, el ciudadano ha dado lugar a muchas quejas de parte de sus maestros. Está propenso, a pesar de las morales, a verter en senos furtivos la patriótica simiente de la que se forman pequeños soldados. Mal acogidos esos animáculos, ni siquiera tienen el consuelo de morir por una causa grande; sólo el egoísmo del ciudadano sin delicadeza causa su destrucción. Tales costumbres son perjudiciales al Estado, porque mientras menos poblado es un país, es más pobre, y mientras más pobre es más dócil.

Numerosos, fáciles de satisfacer, obedientes, los soldados de tal país están prontos a toda tarea; se les embarca indiferentemente para Fourmies o Madagascar, el Sahomey o Chalons. Maniobrar ante emperadores, destrozarse negros, proteger a los turcos, estropear mujeres, esas aventuras diversas les agradan: siguen el pabellón sin saber hacia dónde.

Desgraciadamente, el ciudadano se reproduce mal. El hombre le ha cuchicheado en el oído malos consejos.

Ya sólo hace un hijo voluntariamente; el segundo es un seguro contra la muerte del primero; el ter-

cero, un error del que se arrepentiría toda su vida, si no tuviere el placer de ofrecerlo en holocausto al Estado. La fabricación del ciudadano estaría, pues, comprometida si ese animal fuese menos dócil y menos afectuoso. Pero ama a sus amos, cualesquiera que sean, y la autoridad, de donde venga. Cuando sea necesario, una buena ley sobre la reproducción pondrá orden en el déficit, y el ciudadano, que ya no hace hijos, los hará para evitar la multa y la vergüenza.

Convertido en animal electoral, el ciudadano no está desprovisto de sutileza. Habiendo olfateado, distingue resueltamente entre un oportunista y un radical. La ingeniosidad llega hasta la desconfianza; la palabra Libertad le hace ladrar, como un perro perdido, y al pensar que se le va a dejar solo en las tinieblas de su voluntad, llora, llama a su madre, la República; a su padre, el Estado; suplica a las leyes de traer antorchas y cuerdas y que se le retire de la caverna donde yace en medio de los insectos nocturnos. ¿Dónde están las leyes? Son antiguas, van a morir: que se encuentren otras enteramente jóvenes, bastante fuertes para proceder a incesantes tareas de protección, bastante fecundas para reproducirse espontáneamente por un fácil amugronamiento! El ciudadano elector, desde el momento que le han sacado de su hoyo, se encamina hacia la urna, donde deja caer la boleta que le han puesto en la mano. Entonces siente una alegría y un alivio y se va a beber soñando en las nuevas leyes que volverán a hacer de él, por fin, el pequeñito en pañales que chupa inconscientemente las mamas maternas.

Sin embargo, es preciso mantener las leyes, pagar a estas imperiosas siervas: en ese momento el animal electoral se transforma en animal contribuyente. Desde el fondo de su granja o taller mantiene gustoso las que le protegen contra él mismo. Apenas si su gesto es más lento para abrir su bolsa que para tender la mano hacia la cadena o la férula. Ese dinero que, aun sobre todo, vuelca casi involuntariamente en el gran cofre, ufano, allá en el fondo de su alma oscura, de saber que, si paga nueve sueldos una libra de azúcar, son seis sueldos para el Estado; seis sueldos, en suma, es el lavado de un par de polainas, y con tal que el patrón esté contento y bien calzado, el contribuyente marcha

ingenuamente y sin quejarse, los pies desnudos dentro de zuecos. ¡Oh, cuán virtuoso es ese animal!

Dulce animal, animal respetuoso, estúpido y resignado, trabaja, obedece, paga, a fin de que se sonrían cuando vengas, inocente, a ver pasar los landés, y luego piensa: si te sublevaras, no habría más leyes, y cuando quisieras morir, ¿cómo harías, si no existiera el registro para acoger tu nombre?

Llegan las vacaciones, y entonces vas a ver a tus dueños. Besa sus manos caritativas: ellas son las que hacen las leyes.



EL SEÑOR LECAMUS EN LOURDES.

(CUENTO CRÍTICO.)

La Virgen ha matado dos pájaros de un tiro. — J. Huysmans;
“Las multitudes de Lourdes”.

EL señor Lecamus era un hombre de una piedad iluminada. Sabía conciliar las exigencias de la fe con las de la ciencia, y no desdeñaba ni las nobles manifestaciones del arte ni los productos de la literatura honesta y bien escrita.

Su fe era la fe, creía en todo lo que enseña la iglesia y en que ella no puede enseñar más que la verdad. Pero sabía también que más allá de los dogmas hay muchas clases de nociones piadosas, que la autoridad eclesiástica entrega al libre examen de los fieles hasta el día en que tomando una decisión las incorpora a sus usos o las rechaza de sus prácticas. Generalmente las incorpora, porque no se es nunca demasiado rico, y también porque tales almas, entibiadas en las devociones tradicionales, se dejan sorprender a menudo por los encantos de una dichosa novedad.

Los milagros, fuera de aquellos del evangelio, no son artículos de fe; pero ¿qué hijo de la iglesia osaría rechazar, sin embargo, aquellos que constituyen el orgullo de Lourdes y que espíritus tan eminentes han atestiguado? El señor Lecamus creía en los milagros de Lourdes. Demostraba la libertad de espíritu considerando los de la Salette con cierto escepticismo. Había estudiado las dos historias, y mientras una lo dejaba frío e inquieto, la otra encantaba su corazón al mismo tiempo que satisfacía su razón. El señor

Lecamus era un hombre de una piedad iluminada.

Antiguo profesor de física, había conservado el gusto de la ciencia y el uso de esos instrumentos elementales por medio de los cuales se revela a los niños los arcanos de la naturaleza y el dogma de la providencia. Veía en las leyes que rigen la materia los dictados de un Dios muy grande y muy poderoso. “¿Por qué, se decía, no suspenderá él sus efectos, si tal es su placer?” El señor Lecamus distinguía cuidadosamente lo natural de lo sobrenatural, si bien confesando que es menester una gran prudencia, porque la voluntad de Dios existe en todas partes y porque su poder está también tanto en los hechos más comunes como en los más raros.

Conocía las objeciones de cierta ciencia, preocupándose poco. La ciencia cristiana estaba ahí para responder a la ciencia sin Dios. ¿No podía, acaso, jactarse de ser un Newton y un Pasteur? La fe de Pasteur era una garantía de su ciencia, al mismo tiempo que su ciencia era una garantía de su fe.

Un gran hombre de ciencia es siempre un gran creyente, y Pasteur lo probó bien, cuando emprendió esos memorables experimentos que debían aniquilar la nefasta creencia en la generación espontánea.

El razonamiento que aplicaba a la ciencia lo aplicaba a la literatura, estando persuadido de que el verdadero talento está unido siempre a la fe. Si un escritor rozaba por casualidad su teoría: “Esperad, exclamaba, Dios sabe elegir su hora”, y los acontecimientos le daban a menudo la razón. ¿Con qué alegría el señor Lecamus había saludado las conversiones célebres de nuestro tiempo! “Todos los grandes espíritus vienen a nosotros, temprano o tarde”. Desde luego, abría los brazos a M. Edouard Rod. Un día dijo a un librepensador que le apuraba: “Tenéis a Marcel Prévost y a Lucien Descaves, sea; nosotros tenemos a J. K. Huysmans y a René Bazin.” El otro no supo qué contestar.

La conversión de Huysmans le había causado una verdadera alegría, porque estimaba en secreto a este escritor naturalista, al que los placeres del mundo inspiraban tanta repugnancia. Siempre había creído que el señor Folantin acabaría por entrar en una iglesia y que encontraría la paz. Está hecho para eso, pensa-

ba. Es cristiano sin saberlo. Hasta posee la resignación. ¿Para cuándo el paso decisivo? ¿Cuándo franqueará nuestro umbral? Y he ahí que el señor Folantin acababa de reunirse al piadoso rebaño. Las acciones de gracia del señor Lecamus fueron vivas y sinceras. Hasta experimentó un cierto orgullo, porque su teoría se afirmaba cada vez más; todos los hombres de talento acaban por arrodillarse un día a los pies de la cruz.

El señor Lecamus poseía, encerrados bajo llave en un armario, la mayor parte de los escritos de M. Huysmans, y con el asentimiento de su confesor leía a veces algunas páginas. Era un pecado, pero ya perdonado antes de haber sido cometido, puesto que era confesado de antemano. Sin embargo, cuando gustaba demasiado intensamente esta lectura, no dejaba de acusarse al tribunal de penitencia. A partir de "Las multitudes de Lourdes", tomó un partido de que el mismo autor le daba ejemplo.

Así como M. Huysmans renegó, arrojando de las tapas de sus libros católicos la nómina de sus primeras obras, el señor Lecamus las expulsó de su gabinete. Desde aquel día su conciencia permaneció más tranquila. "Las multitudes de Lourdes" le causaron una satisfacción casi sin mezcla. Todavía habían, aquí y allá, algunas páginas algo subidas de tono, algunas otras bastante irreverentes, pero el conjunto era un dechado de piedad. No había podido aún, del punto de vista de la ortodoxia, rebelarse en ese libro excelente de una punta de maniqueísmo: el diablo mostraba demasiado sus cuernos. ¿Pero qué devoción es la que no decae un momento siquiera?

Así como el señor Lecamus leyó por placer, releyó para su convicción. El primer capítulo le encantó, admirando la sutileza del autor para desenredar la psicología, hasta entonces bastante confusa, de la Virgen. El señor Huysmans, iluminado seguramente por una gracia particular, hablaba como de una persona de su familia, como de una piadosa tía, como de una abuela venerable. La seguía en sus viajes, de París a los Pirineos, pasando por los Alpes, en sus menores traslaciones. Véasela evolucionar en París, instalarse en Saint Séverin, después en la calle del Bac, salvar los puentes y fijar su domicilio en el paraje más con-

taminado de la ciudad, cerca de la Bolsa. El señor Lecamus envidió un instante esta familiaridad con los poderes sobrenaturales; luego continuó su lectura.

En ese momento, Celeste Lecamus, que leía "La Cruz", levantó la cabeza y considerando la frente de su marido, dijo:

—Espero, Lecamus, que esa lectura te decidirá.

El señor Lecamus creyó comprender la alusión y enrojeció. Después llevó la mano a la cabeza y alzó los hombros.

—Pero si no es en eso que pienso — se apresuró a responder la señora Lecamus, mintiendo piadosamente. — Bien sabes tú cuántos deseos tengo de ver a Lourdes — exclamó.

—¡Yo también!

—¿Y entonces?

El señor Lecamus buscó objeciones en vano. Desde que había leído "Las multitudes de Lourdes" no se le ocurrió nada más. Y como no tenían nada que hacer y el dinero no les faltaba tampoco, a causa de que la señora Lecamus acababa de recibir en herencia una pequeña suma de dinero, dijo en fin:

—Iremos.

La señora Lecamus se levantó para agradecer a su marido, y dándole en la mejilla un tierno beso, se dijo:

—¿Quién sabe? La Santa Virgen debe amarlo, ¡es tan bueno!...

El señor Lecamus, que era completamente calvo, tenía en la parte superior del cráneo un pequeño tumor del tamaño de una avellana. De una nuez, decía la señora de Lecamus, pero exageraba. De grano de trigo que era al principio, se había convertido en un garbanzo; de año en año, lentamente, la cosa había tomado proporciones. Ningún tópico le había mordido. Los médicos aconsejaban una operación, benigna, según decían; pero esta palabra bastaba para aterrorizar por igual a ambos esposos timoratos.

Acostumbrado a esta excrecencia que no le causaba sufrimiento alguno; el señor Lecamus había permanecido durante mucho tiempo sin darle importancia.

Pero desde hacía solamente varios meses experimentaba un poco de inquietud. Muchas veces, cuando el calor le obligaba a sacarse un instante el sombrero en

la calle o en el ómnibus, había sorprendido en los rostros vecinos una sonrisa y un aire de extrañeza, a tal punto esta bolita colorada se hallaba curiosamente situada en medio de la palidez luciente del cono redondeado.

La señora Lecamus había elevado fervientes oraciones al respecto, doliéndole en el alma el ver que no eran atendidas. Pero continuaba, sin embargo, a escondidas de su marido, visitando con esa intención las iglesias y las capillas. Ella no pedía un milagro, sin duda, porque era demasiado tímida para juzgarse digna de semejante gracia, pero se entregaba a la Providencia, esperando un poco e implorando mucho.

No obstante, su confesor, hombre de una piedad todavía más luminosa, si era posible, que la del mismo señor Lecamus, no trataba de disuadirla de tentar el supremo remedio. ¡Pasaban cosas tan extraordinarias en Lourdes! ¡Las buenas acciones distribuíanse de una manera tan inesperada! ¡Es el mérito o la fe que la Virgen recompensa! No se sabe nada. Se observan males insignificantes curados inmediatamente y también suplicios espantosos. Vese volver aliviados a los incrédulos y a personas piadosas llorar en vano. Vivimos en el misterio. Id a Lourdes y esperad.

Habiendo encontrado estas sanas ideas en el libro del señor Huysmans, no vaciló más; persuadida, por lo demás, que tanto su marido como ella, anhelaban realizar la peregrinación, impulsados por los mismos motivos.

Ella se engañaba. El señor Lecamus tenía muchas ganas de ir a Lourdes; pero si había vacilado hasta entonces era precisamente por el temor de que su mujer quisiera asociarlo a un voto cuyo absurdo no le escapaba. "Incomodar a la Virgen, se decía, por semejante tontería, a fin de evitar un tajo de bisturí!" Acometido de un valor subitáneo consultó a un cirujano. Pero como la operación no era urgente, sin embargo, acabó por ceder a los consejos de su mujer. Prometiéndose hacer, a lo más, una peregrinación religiosa.

Al leer "Las multitudes de Lourdes", con un espíritu muy diferente del de su mujer, no había hallado milagros en la narración, y, en la descripción de llagas tan espantosas, más que un motivo de agra-

decer a Dios de su clemencia. Lejos de pedir un milagro, el señor Lecamus se regocijaba de no poder convertirse en un milagroso. Partieron. La señora Lecamus no tenía más que un pensamiento: "¿Cómo obtener que consintiera lavarse el cráneo en el agua maravillosa?" Consultó el libro del señor Huysmans, el cual había llevado consigo, así como una guía. Al parecer entrarían sin ceremonia en aquella sala en que "la Virgen, convertida en sirvienta de baños, trabaja". Una vez allí, emplearía un subterfugio, empapando su pañuelo en el agua bendita y aplicándolo pronto en la frente a su marido. Ya se vería. Representóse, según el libro de Huysmans, la belleza santa de aquella agua semejante al "agua de una vajilla gris", a un "estaño líquido" donde nadan "ampollas rojas y pústulas blanquecinas". Es un triunfo para la fe, puesto que los enfermos se lavan en aquel caldo de llagas vivas y no andan del todo mal. Esta salmuera piadosa exaltaba su débil imaginación; representábase compungida la cloaca divina y hubiera querido tener algún mal secreto para poder sumergirse.

A su vez, el señor Lecamus reclamó el libro del devoto escritor, recomenzó no sin terror una vez más los capítulos donde, con una precisión médica, y no obstante pintoresca, se describen males inexpresables. ¡Qué infierno! Volvió a pensar de nuevo, sonriente, en su pequeña y ridícula deformidad, deformidad que antes que ridícula era más bien chacotona.

Sin comunicarse sus pensamientos, los dos esposos hundiéronse en sus oraciones y en breve instante dormían.

Todo pasó más o menos como la señora de Lecamus lo deseaba. Sin embargo, el acceso a la piscina les fué imposible los primeros días. Para matar el tiempo hicieron encender cirios, recitaron plegarias, mezcláronse en las procesiones, arriesgaron su parte en los cánticos. Al fin un sacerdote les facilitó, mediante una limosna, la entrada en la pieza de los baños.

Entonces, murmurando una oración y mientras el señor Lecamus bajaba, arrodillado, la frente, ella empapó un pañuelo en el agua sucia y se lo aplicó vivamente a su marido sobre la cabeza.

El calofrío hizo que el señor Lecamus se desmayase,

faltando poco para que cayera sobre una pobre mujer a quien retiraban pútrida de la santa bañera.

Llevaron al señor Lecamus a una pieza vecina. Pero una vez que lo instalaron en un banco, habiendo corrido el rumor de que no se trataba de un enfermo, sino de un curioso, lo abandonaron sin reparar más en él. Permanecieron solos.

El señor Lecamus conservaba aún el pañuelo mojado en la cabeza, y gotas de agua sucia corrían por su cuello y a lo largo de las mejillas; su mujer, sosteniéndolo en los brazos, le golpeaba la espalda. No se atrevía a retirar el pañuelo, ni aun a levantar los ojos.

—¿Qué ha ocurrido? — preguntó de pronto el señor Lecamus al volver en sí y con un gesto maquinal de su mano dejó libre la frente.

—Estoy todo mojado. ¡Qué mal huele esto!

Tocóle el turno a la señora de Lecamus de desvanecerse: ¡el tumor de su esposo había desaparecido!

Pero, irguiéndose inmediatamente, exclamó de rodillas:

—¡Démosle las gracias! ¡Démosle las gracias a nuestra buena madre!

—Me parece bien — dijo el señor Lecamus.

Al notar semejante frialdad la señora Lecamus se indignó.

—¿Cómo? ¿Ese es todo tu agradecimiento?

El la miró con aire sorprendido. Entonces la señora Lecamus comprendió que él no se había dado aún cuenta. Murmuró llorando:

—¡Eugenio, Eugenio, estás curado!

El señor Lecamus pasó su mano por el cráneo y se puso pálido. En lugar de la bola esponjosa que acostumbraba sentir bajo su mano, tocó una piel flácida, un globo reventado.

Fué sin duda el calofrío lo que hizo caer ante la piscina al señor Lecamus: era también la presencia de aquella mujer descarnada y no obstante sangrante que habían sacado del agua delante de él, de ese cuerpo acribillado de agujeros supurantes, de esa flaca podredumbre que llevaba sobre los hombros desollados una dolorosa cabeza de amor!

—Y bien, decía él, arrodillado ante la gruta, al lado de su mujer, que se deshacía en acciones de gra-

cias, ¿es de mí que se ha apiadado la Virgen? Pero si yo no pido nada. ¿En qué piensa ella?

El señor Lecamus cesó poco a poco de orar. Trataba de reflexionar así, pero la visión del hermoso rostro y cuerpo putrefacto, persistía ante sus ojos: "A mí; es a mí a quien ha elegido. En lugar del milagro espléndido que conmueve hasta a los hombres incrédulos, ha querido curar al señor Lecamus de un estorbo pueril. No, no podré nunca creer esto".

Y pasaba la mano por la cabeza, donde sólo quedaban los restos secos del hongo.

"¿Qué milagro!, recomenzaba. Jamás me atreveré a confesarlo".

En ese instante tuvo vergüenza de su ingratitud.

"Tengo el espíritu malo y el corazón perverso. Mirad qué contenta está mi mujer. ¡Excelente criatura, tú no tratas de comprender, tú amas, crees y oras!

Incapaz de recordar una plegaria, ni siquiera do combinar sus ideas, el señor Lecamus fingió un dolor de cabeza, entró en el hotel y compulsó una vez más todavía "Las multitudes de Lourdes". Leyó al azar:

"La Virgen resucitaría mañana a un muerto y el grupo de los librepensadores gritaría en seguida, desde todos los tejados, que ese hombre se hallaba en estado letárgico, que no había fallecido". El señor Lecamus dejó caer espantado el libro piadoso. Acababa de tener, quizá por la primera vez en su vida, fuera de las menudas cuestiones de su estado, la intuición de una lógica general.

Volvió a leer la frase que motivó su contradicción.

"La suposición del señor Huysmans es enojosa, se dijo, porque, en fin, si el caso se presentara, ¿qué prueba se podría darle de que la muerte era real y no sólo aparente? ¡El señor Huysmans supone evidentemente una muerte reciente, pues que al mismo tiempo supone que los librepensadores podrían certificar con éxito la validez!"

Continuó su lectura. Numerosos milagros estaban referidos con cariño y hasta con cierta imparcialidad. Pero no se presentaba uno solo que no hubiese levantado objeciones. El señor Lecamus volvió a leer: "Hacer crecer un hueso roto, a fin de que los dos extremos se junten, está bien; hacer renacer un miembro, un ojo, un dedo..." Se calló.

“Objeciones de mercader, repuso, avergonzado. ¡Es éste, por ventura, mi caso? Pero ella no es tan tonta que digamos. Es verdad que los crustáceos recuperan sus patas enteras, aunque un poco más pequeñas y débiles. Y bien: nada menos que un dedo de niño en la mano mutilada de un gigante. No, no puede ser. Los milagros de Lourdes pertenecen a lo extraordinario, no a lo maravilloso. No hay milagros”. Pasó la mano por su cabeza.

“¡Ah! ¡he aquí uno, sin embargo!... ¡Conmover el orden universal para aplanar el cráneo del señor Lecamus! ¡He ahí, pues, en lo que pasan el tiempo! ¡Ah! El señor Huysmans tiene mucha razón al afirmar que “la virgen no juega el todo por el todo, como se dice en el juego de billar... Está bien hecho...”

A la tarde, la señora Lecamus, embargada de un insaciable reconocimiento, quiso arrastrarlo nuevamente a la gruta. Rehusó y se metió en el lecho.

Los acontecimientos conmovedores del día lo inclinaron al sueño. Durmió largo tiempo, después de lo cual su primer ademán consistió en explorar el terreno del milagro: estaba completamente limpio.

Entonces el señor Lecamus lanzó una carcajada y se levantó incrédulo.

La Virgen, como dice el señor Huysmans, “había matado dos pájaros de un tiro”.



VERLAINE Y VILLON.

LA VIDA EN EL BARRIO LATINO EN OTROS TIEMPOS Y AHORA.

I

EN los primeros tiempos que siguieron al "descubrimiento" de Verlaine, sobre todo después de su muerte, el ilustre poeta fué muchas veces comparado a François Villon. Al confrontar estas dos extrañas naturalezas se esperaba hacer alguna luz sobre la psicología del poeta de hoy, y sobre la mucho más obscura todavía del poeta de antaño.

Entre ambos existen, ciertamente, muchas semejanzas exteriores; los dos hicieron una vida irregular, frecuentaron "las tabernas y las mujeres", mezclaron a sus amores profanos preocupaciones religiosas, y fueron, cada uno en su siglo, eternos aprendices, a quienes los años no pudieron dar ninguna experiencia, que lamentaban hoy lo que habían hecho la víspera, sin dejar por eso de perseverar en sus desórdenes. ¡Cuántas veces hizo Verlaine los mejores propósitos, en vano siempre, y así hasta la víspera de su muerte! En cuanto a Villon, no se tienen tantos detalles, y sus últimos días nos escapan totalmente; pero se cree que después de sus serias aventuras, algunas de las cuales fueron trágicas, tuvo antes de morir algunos años de paz. En el fondo estas comparaciones sólo pueden tener un carácter superficial; para darles algún valor aparente sería necesario recurrir a torpes suposiciones. Si Verlaine hubiera vivido en el siglo XVI, habría llevado, sin duda, la vida errante de François Villon, y, o como él, habría formado parte de alguna

banda de malandrines, pues los irregulares, como los otros, siguen, aunque por otra vía, las costumbres de su siglo. ¿No conocieron los dos la prisión, bien que por distintas causas? ¿Y no es "Sagesse" una prueba de arrepentimiento bastante análoga al "Gran Testamento"? ¿No penetraron los dos con gran profundidad en el alma de su siglo, mostrándonos sus íntimas preocupaciones? Lo que hay de más exacto en todo eso es que Villon y Verlaine fueron dos grandes poetas líricos: las semejanzas más precisas entre ellos son puras hipótesis, y la mejor prueba es que apenas si conocemos a Villon, pues, aunque no hemos cesado de leerle y de estudiarle desde hace más de cuatrocientos años, continúa siendo un enigma para nosotros, como declara M. Pierre Champion en el completo y excelente libro que le ha consagrado.

Pero sus dos volúmenes serían desgraciadamente reducidos a muy poca cosa si se suprimiera de ellos lo que no concierne directamente al poeta. Villon ha sido el pretexto, utilizado por Champion, para ofrecernos un cuadro maravilloso de la vida en el siglo XVI, y particularmente del medio en que más vivió Villon; de la vida de los estudiantes y de los "clercs", de la de los malandrines, donde es bastante cierto que pasó gran parte de su existencia.

M. Champion prueba su excesiva modestia cuando nos dice que no ha podido llegar a comprender el alma de François Villon. Si esto es cierto, si el enigma no ha podido ser descifrado por él, ¿qué podrán decir los otros que no tienen tan perfecto conocimiento de las costumbres y del estado del espíritu del siglo XVI? Que un hombre pueda ser a la vez, y con perseverancia, un criminal, un salteador de caminos y el más delicado de los poetas, es ciertamente cosa bien extraordinaria y suficiente para desconcertarnos. Para ensayar a comprender esto diremos que todavía en el siglo XV la noción del crimen se confundía casi con la del pecado, y un pecado, según la doctrina de la Iglesia, es siempre perdonable por el arrepentimiento y la penitencia. Por grave que fuera el crimen, no constituía, como en nuestro tiempo, una tara indeleble; se borraba como se borra el pecado, y a los prisioneros, más bien que como culpables se les consideraba como desgraciados. Visitarlos y socorrerlos, como a los pobres, era

obra de misericordia, y Villon, en medio de su desorden, pudo creerse mucho menos que un criminal, un reprobado.

Inspira y se inspiró a si mismo mucha más piedad que horror. Todo el mundo sabe, sin duda (jurídicamente bien entendido), la diferencia que hay entre un criminal y un pecador; pero en el curso de la vida esta distinción se borra, y sólo queda el pecador, y, a lo que parece, así es como Villon fué considerado por sus contemporáneos. El poeta fué para ellos un gran pecador y un gran desgraciado. Y bien; ¿es que muchos nobles no se hacían culpables de los mismos crímenes, siendo así más temidos, pero de ningún modo indignos? Son las costumbres las que forman la conciencia. No se puede exigir a un poeta que se cleve por encima de su época y que dé pruebas de una delicadeza superior a la de sus contemporáneos.

Yo creo que debe tratarse a François Villon con más indulgencia que hasta el presente; es necesario ser caritativos y juzgarle, si es posible, con un alma del siglo XV, con el alma, por ejemplo, del conónigo de Saint-Benoit-le-Betourné, que fué su padre adoptivo y tal vez su padre natural. En su vida, tan fácilmente reconstituída, nos escapan demasiadas cosas para poder formar un juicio moral. ¿Qué importa, por otra parte, el género de vida de este hombre que, en suma, no fué nunca feliz, y para quien la vida de saltador de caminos fué tal vez un medio de curarse de su fastidio? Hagamos como M. Pierre Champion; procuremos conocer todo lo que abrumba a François Villon, sin tener cuenta de ello al formar nuestro juicio. Esta vida enigmática ha sido para él un excelente pretexto para agrupar los caracteres esenciales de la vida de los estudiantes y de la vida de los malhechores en el siglo XV.

No pidamos más, y admiremos que en medio de una vida absurda y atormentada, Villon no perdiese jamás el sentido de la poesía. Yo siento que se conozca el menor detalle de la vida del poeta. En otros tiempos se sabía mucho menos y lo que se sabe hoy es demasiado poco para forjar un argumento en su contra. Además, estos pudores literarios pasaron hace bastante tiempo de moda. “¿Que sea si quiere asesino, pero que dé pruebas de genio!”, me decía Huysmans de un escritor tan honrado como mediocre.

Verlaine fué a menudo de una inmoralidad intolérable, y, sin embargo, nadie, a lo que yo pienso, querría declarar su extrañeza de ver su busto presidiendo los juegos de los niños en el jardín del Luxemburgo, lo que no evita que el contraste sea grande. Pero el poeta se impone al hombre y hace que éste sea pronto olvidado. Y, precisamente, éste es el aspecto en que él es otro Villon, tal vez inferior en genio al del siglo XV, en quien se resume toda la antigua poesía francesa, pero más adorable para nosotros, porque él fué el creador, no de una manera literaria, sinó de todo un orden de sentimientos. Ningún hombre de nuestros días puede sentir una emoción que Verlaine no haya expresado, y ésta es su gloria.

II

ES también una manera de estudiar el presente, la de compararlo con el pasado, sobre todo cuando se trata de formas sociales que, bajo las apariencias diversas que les imponen los siglos, han conservado algo inmutable. A propósito de Villon, que fué un hombre de Paris y un hombre del Barrio Latino, M. Pierre Champion nos ha dado bastantes notas curiosas sobre la vida de los estudiantes en el siglo XV. De aquí desearía yo tomar algunos rasgos para mostrar en qué difiere la vida de un estudiante de aquellos tiempos lejanos de la de un estudiante de nuestros días. En ambas épocas los estudiantes son de origen bastante diverso; todas las clases sociales se encuentran mezcladas y fraternizan. El contraste está más caracterizado en la primera, y así, en tiempo de François Villon, el hijo del gran señor se codea con el estudiante pobre, a tal extremo que se ve reducido a tender la mano para no morir de hambre, lo que hace sin sentir la menor vergüenza por estar en la costumbre. Bajo esta diversidad de condiciones hay una igualdad extraordinaria de costumbres mucho peores que hoy, más groseras, más insolentes; pero son acogidas con mucha más indulgencia por parte de la sociedad burguesa y de los hombres de ley; la indulgencia es casi escandalosa. Los estudiantes gozan, por otra parte, de un privilegio desde el punto de

vista jurídico; dependen, no del poder real, sino de la oficialidad, es decir, del poder eclesiástico, del obispo, quien, ciego de sus derechos no deja de reclamar todo estudiante que cae en manos de la justicia civil; los reclama hasta en el patíbulo y los pone en libertad. Un crimen cometido por un estudiante si no ha sido seguido de robo o si ha tenido lugar en el curso de una disputa, es casi siempre considerado como un pecadillo; no es posible evitar que la juventud se divierta; y tanto peor para la víctima, que se hubiera ido a vivir a otro barrio!

La razón primera de esta indulgencia estriba en que el estudiante es casi siempre un "clerc", en que el estudiante tiene carácter eclesiástico. Villon, el terrible mal sujeto que se afilió a los "coquillards", a esos bandidos de los caminos, estaba considerado como "clerc" por ser graduado de la Facultad de teología o de derecho (derecho eclesiástico). Era tonsurado y apto, por consiguiente, para recibir la colación de un beneficio; sus hazañas y su despreocupación fueron las solas causas que le impidieron sacar provecho de su situación, pues la mayor parte de los "cleres" eran de costumbres tan deplorables que se hace imposible compararlos a ninguna clase de la sociedad actual. En este medio de los "clerc" fué reclutada la banda que desvalijó el tesoro del colegio de Navarra. De ella formaba parte Villon, y esto tuvo para él, a pesar de la indulgencia eclesiástica, muy graves consecuencias, pues su pobreza no le permitió restituir simplemente, como otros de sus cómplices, más ricos, el producto del robo. La oficialidad perdonaba más bien la muerte de un ciudadano que el robo de una bolsa eclesiástica, como lo prueba el que Villon mismo pagara la muerte de Felipe Sermoise con sólo ausentarse por algún tiempo de París.

Se fué a Burg la Reine, donde fué bien recibido por la abadesa, que vivía maritalmente con el procurador Badez. La abadesa era la hija del abad de Saint-Riquier. Las generaciones monacales abundaban en aquella época, en que ninguna profesión sentía el peso de sus deberes y cada una vivía a su antojo sin la menor hipocresía. La abadía de Port Royal tenía bastante parecido con la de Thélème, lo que no impedía que todo marchase bien en ella. Los estudiantes hacían también, pero en la sociedad, abadía de Thélème.

Encerrados casi siempre en las tabernas, la preferían

altamente a las salas de la Sorbona. En todas las épocas ha habido muchos estudiantes con las mismas inclinaciones, pero nunca tantos como en tiempo de Francisco Villon. En el siglo XV la taberna reinaba en París, y el número de estos establecimientos en aquella época ha sido calculado en cuatro mil, y aunque en la actualidad hay muchos menos, esto no impide a los ignorantes ensalzar el tiempo pasado; la castidad de un tiempo pasado en que las monjas vivían con sus amantes; la sobriedad de un tiempo pasado en que había una taberna por sesenta habitantes, y en que, además, los burgueses, los comerciantes, incluso las casas de cambio, los tenderos, los hombres de justicia, los arqueros, ¡hasta los cartujos! vendían vino a todo el mundo. En aquellos tiempos de vida de familia todos frecuentaban la taberna; allí se comía, se bebía, se trataban los negocios, se tramitaban los procesos y hasta se dormía con frecuencia. ¡Beber! era el grito general. ¡A beber! gritará al nacer el héroe de Rabelais, grito bien de su tiempo. El vino abundaba porque estaba excluido del impuesto, lo que no era un obstáculo para que se le adulterase. "Aguar el vino" era la ciencia suprema del tabernero, quien, además, vendía otras bebidas, entre ellas el hipocrás que pasaba por ser un excitante del amor.

¡El hipocrás! Palabra es ésta que se encuentra a menudo en la antigua literatura francesa, sin que se sepa a ciencia cierta lo que era dicha bebida. Ocurre con ella lo que con la ambrosía que ha dejado una reputación de excelencia, aunque bastante imprecisa. El hipocrás no era otra cosa que vino caliente adicionado de varias especias como la canela, el clavo, la moscada, el jengibre y la pimienta, y como rezaba la fórmula, "les dites épices soient miscs en poudre e qu'elles soient nouvelles et non éventées."

La gente no soñaba en otra cosa que en beber hipocrás día y noche; además, se jugaba a los dados, a las cartas, a las billas, a los bolos, a la pelota, etc. El número de juegos era infinito en el siglo XV, y aunque la enumeración que de ellos nos da Rabelais es algo exagerada, muestra hasta qué punto las gentes de aquella época sabían procurarse distracciones. Cuando la noche estaba un poco avanzada iban en bandas a derribar las muestras de las tiendas, a cantar bajo las ventanas canciones indecorosas que llenaban de

rubor a las jóvenes que las oían, a escandalizar, en suma, terminando la velada en casa de alguna condescendiente Margot.

Las mujeres galantes abundaban, en efecto. Algunas eran célebres, y su nombre y su fama han llegado hasta nosotros, en parte gracias a Villon que les concedió una plaza en sus versos. Hombres graves y algo devotos como Simeón Luce y A. Lougnon no han desdeñado ocuparse de esas bellas y alegres mujeres del siglo XV, la bella Heaumiére o Marion el Idolo. Se puede decir que M. Pierre Champion ha puesto en claro, de una manera completa, la historia de esas agradables heroínas, y el capítulo referente a ellas es el menos extraño de su historia de François Villon.

Tales eran en aquel tiempo las diversiones de la juventud del Barrio Latino.

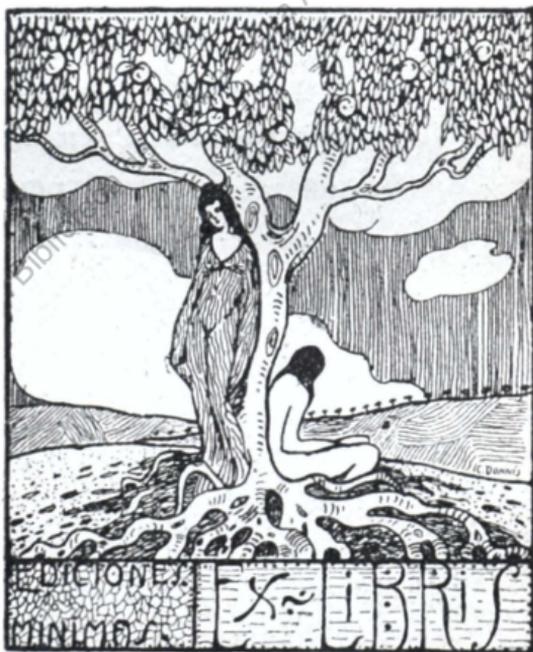
Biblioteca de la Academia Argentina de Letras



INDICE

	<u>PÁGS.</u>
EL ESTABLO.....	3
EL TRANSEUNTE Y EL VENDEDOR DE ALMANAQUES.....	8
PARADOJA SOBRE EL CIUDADANO	11
EL SEÑOR LECAMUS EN LOURDES	15
VERLAINE Y VILLÓN.....	24

Argentina de Letras



DIRIGIDAS POR LEOPOLDO DURÁN

CUADERNOS PUBLICADOS:

AÑO PRIMERO

- | | |
|------------------------|--|
| 1. ALMAFUERTE | Evangélicas |
| 2. RABINDRANATH TAGORE | Poemas |
| 3. JUAN B. JUSTO | Labor Periódica |
| 4. JUAN PEDRO CALOU | Breviario de los Tristes |
| 5. LAO-TSÉ | El Libro del Sendero y de la Línea Recta |
| 6. RUBÉN DARÍO | Cabazas |
| 7. OSCAR WILDE | Balada de la Cárcel de Reading |
| 8. LEOPOLDO LUGONES | Cuentos |
| 9. EDGAR POE | Las Campanas y otros poemas |
| 10. JOSÉ INGENIEROS | Psicología de la Curiosidad |
| 11. CLEMENTE ONELLI | Aguafuertes del Zoológico |
| 12. ANDRÉS TERZAGA | Líneas |

AÑO SEGUNDO

- | | |
|----------------------------------|--------------------------|
| 13. RAFAEL ALBERTO ARRIETA | Canciones y Poemas |
| 14. ALMAFUERTE | Amoreas |
| 15. E. HERRERO DUCLOUX | Del Diario de mi amigo |
| 16. JOSÉ ENRIQUE RODÓ | Parábolas |
| 17. M. MEDINA BETANCORT | Meditaciones |
| 18. RABINDRANATH TAGORE | Poemas |
| 19. MARIANA ALCOFORADO | Cartas Amatorias |
| 20. GIOVANNI PAPINI | La erudición del buzo |
| 21. JOSÉ INGENIEROS | La Intimidad sentimental |
| 22. FRAY MOCHO (José S. Alvarez) | Cuentos |
| 23-24. RAFAEL OBLIGADO | Santos Vega |

AÑO TERCERO

- | | |
|-------------------------|---------------------------|
| 25. JUAN MONTALVO | Prosas |
| 26. GIOSUÉ CARDUCCI | Odas Bárbaras |
| 27. AGUSTÍN ALVAREZ | Ensayos y Anécdotas |
| 28. ANTON CHEKHOFF | Ojos con Sueño |
| 29. GOYCOECHEA MENÉNDEZ | Páginas Selectas |
| 30. ANATOLE FRANCE | Crainquebille |
| 31. FERNÁNDEZ MORENO | Antología (1915-1918) |
| 32. EDUARDO WILDE | Mar Afuera |
| 33. GABRIELE D'ANNUNZIO | Tierra Virgen |
| 34-35. FRANZ TOUSSAINT | El jardín de las cartelas |
| 36. GUILLERMO VALENCIA | Poemas |

CUADERNOS PUBLICADOS:

AÑO CUARTO

- | | | |
|--------|------------------|--------------------|
| 37-38. | G. BERNARD SHAW | Vencidos (Comedia) |
| 39. | EDMUNDO MONTAGNE | Poesias |
| 40. | REMY DE GOURMONT | Algunas Paginas |

Esta Administración ofrece algunas colecciones al precio de veinte pesos cada una.

Cuaderno de próxima publicación:

EL CANTAR DE LOS CANTARES.

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

SUBSCRIPCIONES:

SEMESTRE \$ 1.50 m/n. — AÑO \$ 3.00 m/n

· Precio de este número: 25 cts.

· Número atrasado 0.40 centavos

DIRECCIÓN: **Doblas, 600 - BS. AIRES.**

Correspondencia: **Apartado Postal 66 - Bs. As.**